

# El primero de Mayo

# En La Crisis

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Mayo-1987



Los desfiles del Primero de Mayo se han diversificado.

El desfile del primero de mayo, en todo el mundo, sirve para expresar demandas de los trabajadores. En países sometidos a dictaduras, como Chile o Paraguay, para referirnos sólo a América Latina, los obreros hacen saltar provisionalmente las barreras en que se parapetan los tiranos para dar desahogo a sus exigencias reprimidas.

En México, desde hace poco menos de medio siglo, el Día del Trabajo se deformó, y convertido en escenario de la peor manera de relación entre los trabajadores —o sus líderes— y el gobierno, durante largo tiempo se caracterizó por el agradecimiento innecesario y excesivo al Señor Presidente, pues se estimaba que cualquier benefi-

cio que la lucha social permita a los trabajadores provenía de la voluntad y las gracia omnipresentes del titular del Ejecutivo. Hasta se llegó al extremo de declarar, a mediados de su sexenio, al presidente Alemán como "primer obrero de la República".

De más en más, las cosas han ido cambiando. No es que los desfiles obreros estuvieran exentos de manifestaciones de descontento. Algunas de esas conmemoraciones, como la de 1952, por ejemplo, adquirieron un rango de gran importancia histórica, pues la violencia gubernamental preparada para inhibir las expresiones proletarias no sólo consiguieron su propósito, sino que también cobraron vidas humanas y, en el exceso de represión, prepararon el camino para que se aplicara por primera vez, a don Carlos Sánchez Cárdenas, muerto hace ya más de cuatro años, el delito de disolución social.

Sin embargo, mientras más se ahonda la crisis que desde junio de 1981 agobia a la economía y a la sociedad mexicana, más se complica la fiesta obrera. En primer lugar, su escenario ya no es único. No es sólo en la Plaza de la Constitución donde se reúnen los sindicatos y las centrales para expresarse. Es verdad que allí continúan desfilando las principales agrupaciones, las reunidas bajo el manto del Congreso del Trabajo, y que es el propio Presidente de la República el que encabeza la celebración, junto con los jefes del sindicalismo oficial y los miembros de su gabinete.

Pero de un tiempo a esta parte los desfiles conmemorativos del primero de mayo se han diversificado. Acaecen por lo menos dos más, correspondientes a otras maneras de concebir el ejercicio del obrerismo. Uno muy numeroso está organizado por la Unidad Obrera Independiente, una peculiar organización de varios sindicatos de señalada importancia, a cuyo líder no se le ve con buenos ojos en los círculos del trabajo, así oficiales como los de izquierda. Juan Ortega Arenas, el asesor y jefe de la OUI, corresponde con virulenta reciprocidad a tal opinión en contra suya. En esta oportunidad su desfile estará caracterizado por el tránsito, más formal que real hasta ahora, de la central obrera a un partido político. Este partido, cuyo anuncio se hizo en las semanas recientes, tendría un comportamiento singular y sería, en consecuencia, sólo un grupo de presión, pues no se propone participar en elecciones. Estas, a juicio de Ortega Arenas y de quienes con él dirigen la UOI y el partido del que aquella será origen, son una farsa, un engaño a los ciudadanos y por lo tanto no es correcto hacer el juego al gobierno participando en los comicios. Uno se pregunta de qué otra manera un partido político podrá intervenir en la modelación de la cosa pública,

sin interferir con el papel de los ciudadanos en otras organizaciones que tienen, como los sindicatos, propósitos específicos y diversos de los partidarios.

También desfilará por su cuenta el sindicalismo democrático, ahora reunido en torno de la Mesa de Concertación Sindical, que en el último año ha tenido una activa participación en la expresión de las demandas obreras. Especialmente gracias al empeño que ha puesto el Sindicato Mexicano de Electricistas en mantener una presencia dinámica en la Mesa, ésta se ha salvado de un defecto frecuente en las corrientes obreras de izquierda, que es su aislamiento. El SME, que es miembro también del Congreso del Trabajo, sirve como enlace de comunicación entre ambos géneros de sindicalismo, aunque sea notoria la renuencia del Congreso a vincularse al resto de las organizaciones de trabajadores.

El otro elemento activo en la Mesa son los sindicatos universitarios, buena parte de los cuales atraviesan por una crisis de participación interna, que se manifiesta entre otras evidencias en la caída del nivel de su dirigencia. La razón es múltiple, pero se puede condensar en el abatimiento de los presupuestos en las universidades y por consiguiente en los ingresos de sus sectores académicos y administrativos, cuyos integrantes dedican ahora preferente atención a resolver sus problemas de supervivencia inmediata, a título individual, visto que las instancias sindicales se estrellan, en el afán de mejorar los emolumentos de profesores y empleados, en las inflexibles barreras fijadas por los manejadores de la macroeconomía.

El Congreso del Trabajo, por su parte, ha venido quedando en un cada vez más incómodo papel. Por un lado, el gobierno dice que lo estima como su principal aliado pero, por otra parte, golpea a algunos de sus sindicatos con una política salarial derivada de la concepción teórica e ideológica de la crisis que prevalece en el equipo gobernante, según la cual son el déficit en el gasto público y la baja productividad los causantes de los principales males de la economía mexicana. Durante el primer trimestre del año, la política laboral pareció distanciar gravemente a los sindicatos oficiales de su aliado el gobierno, aunque en abril se produjeron acontecimientos nuevos, seguramente con vistas al primero de mayo, en que la relación obrero gubernamental parece empezar a cambiar.

Por una parte, el sindicato de telefonistas obtuvo incrementos sustanciales en sus salarios, entre otras cosas porque la impugnación interna estaba poniendo en riesgo la posición del líder Francisco Hernández Juárez, que es también presidente del Congreso del Trabajo, por lo que el maltrato a los telefonistas parecía extenderse a toda la cúpula del obrerismo oficial. Contrastó, en consecuencia, el modo en que se abordó la huelga planteada por el SME con el trato acordado a los telefonistas. Aunque en sus primeras fases la terapéutica era semejante, el epílogo difirió sustancialmente en favor de las huestes de Hernández Juárez, y ello no sólo por la mejor situación financiera de la empresa telefónica comparada con la de la Cía. de Luz y Fuerza del Centro.

Por otro lado, el gobierno dejó que los factores de la producción se arreglaran, sin presiones a los sindicatos como es habitual en estos casos, para la revisión salarial en el contrato ley de la industria textil. Y, por último, el jueves 23 de abril, en Morelia, el presidente Miguel de la Madrid dio luz verde a las peticiones de salario de emergencia a los sindicatos, en lo que significó un gran viraje respecto de la política de contención salarial practicada hasta ahora. Todo lo cual acaso permita un primero de mayo menos tenso de lo que en medio de la crisis inacabable podría esperarse.